

los conquistados , seria dueño de toda la Isla, y en ese caso sus vasallos , no teniendo ya enemigos que temer , ni tropas que combatir , una de dos , ó se envilecerian en el ocio , ó sembrando discordias entre sí mismos , excitarian guerras civiles que asolarian el Reyno. Mis razones , confirmadas con los exemplos que produxe de varias naciones , que habiendo llegado al supremo ápice de la humana felicidad, sujetando los Reynos circunvecinos , ellas mismas se aruinaron á sí propias , fueron las que finalmente restituyeron en su Reyno al vencido Monarca del Madagascar Meridional; y como supo este Príncipe que yo habia tenido gran parte en aquella no esperada restitucion, me honraba infinitamente. Esto fue mi precipicio; porque los Portugueses conjurados contra mí , habiendo logrado en cierto dia una audiencia secreta del Rey , de repente se arrojó á sus pies el mas viejo , y mas ladino de todos , y hablando á nombre de ellos , Señor (le dixo) grandes cosas tenemos que descubrir á V. M. sino temieramos que se le habian de hacer increíbles. Pero menos malo es exponernos nosotros á sufrir la nota de calumniadores , que dexar arriesgada la preciosa vida de V. M. á la execrable alevosía de un traydor que está tramando quitarsela dentro de muy pocos dias. Al oír semejante proposicion , quedó el Rey horrorizado y atónito: sin embargo , atropellandose unas á otras las sospechas en su fantasía , habla

ami-

amigo (le dixo) y nõ me ocultes la mas mínima circunstancia de todo lo que supieres. Entonces el traydor le expuso toda la série de la forjada calumnia , asegurando que él mismo habia sido testigo de varios discursos que me habia oído, y que indicaban claramente el ánimo en que yo estaba de privar al Rey del Reyno y de la vida.

## CAPITULO X.

*Diligencias del Rey de Madagascar para averiguar la verdad de la acusacion de los Portugueses. Descubre la inocencia del Joven Siciliano. Consejos que éste da al Rey; pídele licencia para volverse á Europa; y sucesos de su viage, en que le acompañó el intérprete Dagal.*

Qualquiera otro Príncipe menos prudente , y no tan detenido como aquel Monarca , hubiera ciertamente precipitado sus resoluciones en una materia tan delicada, y que á él le interesaba tanto. Quando se trata de la Corona , y de la vida de un Soberano , hasta las sombras son delitos , y muchas veces basta solamente la acusacion para hacer el proceso , y pronunciar la sentencia con-



tra los acusados : pero el Príncipe de quien voy hablando , procedió de muy diferente manera. Lo primero que hizo fue , mandar prender á todos los demás Portugueses , dexándome á mí solo en libertad , y dispensándome cada día mas honras y mas favores. A ninguno absolutamente confió , ni dió la menor señal del verdadero motivo que le habia obligado á hacer aquella demostracion con los estrangeros : solo se dexó caer alguna vez , que queria castigarlos con una ligera prision por cierto error que habian cometido contra los usos y buenas costumbres del Reyno. Prohibió no obstante , que ninguno habláse con ellos , y despues se dedicó con el mayor desvelo y atencion á indagar y exâminar , pero secretísimamente , todos mis pasos , acciones y discursos. Aun no habia partido para su Corte el Rey prisionero , y se mantenía como tal hospedado dentro de mi casa. Tuvo modo de introducirse desconocidamente en ella el Monarca Septentrional , y de oír sin ser visto varias conversaciones que tuvimos aquel Soberano y yo , sin descubrir en ellas el mas mínimo indicio , que pudiese dar motivo á la mas remota sospecha. Llamóme un día á su gabinete , y me dixo : Amigo , gracias al Cielo , me veo libre del mayor y mas molesto cuidado que en toda mi vida ha turbado y tenido inquieto mi corazon. Tus mismos compañeros te acusaron á mí de que maquinabas contra mi Corona y contra mi vida ; pero yo mismo he descubierto tu inocencia , y he palpado , que todo ha sido una





*Diligencias del Rey de Madagascar para averiguar la verdad de la acusacion echada por los Portugueses contra el Joven Siciliano.*

Lib. XV. Cap. X. 115

feísima y negrísima calumnia; por lo que he resuelto ponerlos todos en tus manos, para que á tu satisfaccion te vengues en ellos, condenándolos al castigo que corresponde á mi justicia, y es tan debido á tu justa indignacion. Me descubrió entonces toda la trama de la diabólica calumnia, añadiendo los medios de que se había valido para averiguar mi inocencia. Me horroricé al oír tan no esperado discurso, y echándome á los pies del Rey: Señor (le dixé) no me duele tanto el que se me hayan imputado tan atroces, y tan execrables delitos, quanto el poco ventajoso concepto que naturalmente formará V. M. de un país como el nuestro, que produce hombres capaces de tan horrendas traiciones, haciéndose agentes solícitos de mi ruina aquellos mismos que debieran celebrar y promover mis aumentos: señal cierta, de que entre nosotros las leyes de la santa y verdadera amistad no solo están desatendidas, sino que no pocas veces se ven bárbaramente atropelladas. Pero mas que todo me duele la ceguedad de unos hombres, que fundaron principalmente su acusacion en un consejo que di á V. M., dirigido únicamente á la mayor gloria y celebridad de su soberano nombre, enlazada con la mayor tranquilidad y mayor bien de sus felicísimos vasallos. Pero en medio de la grande abominacion con que debo mirar á semejantes personas, suplicó á V. M. se digne dispensarme en el precepto de que tome á mi cargo su castigo, pues siendo V. M. el mas ofen-



dido en la persona de este su humildísimo esclavo, á ninguno otro corresponde mas inmediatamente la autoridad y la obligacion de castigarlos. Conózcolo así, respondió el Rey, y eso es lo que yo debia hacer con todo rigor; pero no quisiera abrir desgraciadamente los ojos á mis vasallos. Estos hasta aqui han ignorado felizmente aun el nombre de traycion y de calumnia: y quién sabe, si á fuerza de indagar la naturaleza de un delito que mereció un castigo, que necesariamente habia de ser extraordinario, no llegasen finalmente á formar alguna idea de tan enorme maldad. Hízome fuerza el prudentísimo reparo del Rey, y así le representé, que el mayor, el mas sensible, y menos peligroso castigo para aquellos infelices, seria tenerlos desviados de la Corte, y separados entre sí, desterrándolos á diferentes lugares todos distantes de aquella: de manera, que viviendo cada uno solo, y entregado á sus propios pensamientos, encontraria dentro de su corazon y de su conciencia aquel tormento cruel que se llama gusano roedor, inseparable compañero de todos los malhechores. Agradó mucho al Rey este consejo mio, y los siete Portugueses (porque Don Bibulo no habia entrado en la conspiracion) fueron desterrados á diferentes Aldeas, distantes todas de la Capital, donde nunca he sabido el fin que tuvieron.

Libre ya de los insidiosos lazos que me habian armado mis propios amigos y nacionales, proseguí

guí viviendo con el mismo esplendor, pero insinuando poco á poco y con destreza en el ánimo del Rey las máximas de la verdadera Religion, como tambien en el de sus Cortesanos. Y ya, tanto aquel, como muchos de estos, suspiraban ansiosos por el agua del Bautismo; pero faltaban Sacerdotes y Ministros, que tuviesen el zelo y la doctrina que era menester para enseñarles lo que en los adultos era necesario saber antes de recibirle. Para ocurrir á tan grave necesidad, supliqué un dia al Rey, me permitiese hacer un viage á Europa, prometiendo dar la vuelta en el breve curso de dos años, acompañado de Religiosos, llenos de virtud, de zelo y sabiduria, que enteramente iluminasen á todos sus vasallos con la luz de las verdades Evangelicas. Le aseguré que lo haria, sin descubrir á ningun viviente las ventajas y fecundidad de su Reyno, por no despertar la codiciosa ambicion de alguno, á quien se le antojase enviar esquadras y gente para apoderarse de él; y que antes por el contrario, si alguna vez se hablase de aquella Isla, y me obligase la buena crianza á contextar á semejante conversacion, muy de propósito hablaria de ella con el mayor desprecio, pintándola pobre, miserable, estéril é infecunda, como lo es en una gran parte, para que todos se confirmasen en la falsa idea que todavía tienen de ella. Pero si la pintas así (me replicó agudamente el Rey); cómo quieres persuadir á tus Sacerdotes, que vengán á vivir en un país tan miserable? Antes bien todos se guardarán de



de querer emprender un viage tan largo, para no encontrarse al fin de él sino con hambre, trabajos, incomodidades y miserias. Señor (le respondí) es verdad que no faltan entre nosotros algunos Religiosos amantes de la vida ociosa, acomodada y regalona, los quales, si se arriesgan alguna vez á ir á tierras distantes para ejercitarse en la predicación, lo hacen, ó ya por la ambición de adquirir fama, y dignidades, ó movidos únicamente de la codicia y del interés. Pero hay otros (y en número mucho mayor) que despreciando todo esto, y sin otro impulso que el de puro zelo por la salvación de las almas, y mayor gloria de Dios, desprecian los tormentos y la muerte, exponiéndose al martirio por dilatar y propagar la Religión. Yo procuraré que sean de estos los que me quieran acompañar, bien seguro de que no solo no se negarán, sino que tendré el disgusto de no poder admitir y consolar á todos los que se declararán pretendientes de esta especie de trabajos; y no estoy menos seguro de que V. M. quedará tan pagado de ellos, como se digna manifestar que lo está de mi persona. No sin hacer gran violencia me permitió el Rey que partiese, dándome por compañero á mi buen intérprete Dagal, porque sabia muy bien los grandísimos deseos que tenia aquel buen hombre de ver la Europa.

Partimos pues de Madagascar despues de tres años de mi llegada, y de mi mansión en la Isla, y habiendo desembocado por los des-

fi-

filaderos de los montes en las orillas del mar, que están enfrente de las Costas de Africa; nos anduvimos paseando por aquellos lugarillos marítimos, hasta que encontramos un portezuelo defendido de un fortin medio desmoronado, donde tal vez se veían precisados á dar fondo algunos navichuelos Europeos. Dagal se habia vestido como nosotros, de manera que todos le tenían por Español, y mas oyéndole hablar perfectamente aquella lengua. Mas de veinte dias estuvimos esperando á que pareciese algun navío, manteniéndonos como podíamos con lo que nos socorrian los vecinos de aquel puertecillo, que todos eran Portugueses, á quien dimos á entender, que un navío Español por mera inadvertencia nos habia dexado en tierra en un puerto muy distante de aquel parage, y que suspirábamos por alguna embarcacion que nos restituyese á nuestra amada patria. Una mañana finalmente descubrimos á lo lejos un navío, cuya bandera conocí desde luego que era Inglesa. Pero como vimos que iba pasando adelante, siguiendo su viage, hicimos señal desde una eminencia con un pañuelo blanco: entendió luego el Capitan Inglés lo que significaba, y despachó su esquife á que nos recogiese. Luego que entramos en el navío, di á entender al Capitan lo mismo que habíamos dicho á los del fortin, y los del puerto: creyólo facilmente, nos señaló á cada uno nuestro camarote, y dió orden, que el navío prosiguiese su rumbo hácia el



el Cabó de Buena Esperanza. Dagal, aunque nada acostumbrado al Mar, sufría con fortaleza las incomodidades de la navegacion, ocupado enteramente en el vivísimo deseo de ver con sus propios ojos aquella parte del Mundo, generalmente reputada por la mas culta, y mas noble de todas. En fin tomamos tierra en Lisboa el dia 15. de Setiembre de 1725. Llevaba yo un poco de dinero, no solo de lo que habia reservado en el tiempo de mi permanencia en Madagascar, sino del que pertenecia á los peculios de los Portugueses, seqüestrados de orden del Rey, y cedidos por su Magestad á mí para gastos del viage. Con este auxilio determiné pasar á Sicilia, para darme á conocer por lo que era, tomar posesion de los bienes de mi Padre y de mi Tio, y proveerme de lo necesario para conducir á mi costa á Madagascar una numerosa Mision de zelosos, sabios y virtuosos Misioneros. Pero mientras se ofrecia ocasion oportuna de embarco para Italia, llevé conmigo á Dagal, para que viese lo mas raro y mas precioso de aquella gran Corte Portuguesa, y magnífica Capital de toda la Lusitania. No acababa de maravillarse el buen Intérprete de la grandísima estimacion que allí se hacia del oro. Mirando y remirando la brillante Corte del Rey, frequentada de prodigioso número de Grandes, Fidalgos, Caballeros y Ministros, cubiertos todos de plata y oro, de diamantes y piedras preciosísimas, se le vino á la memoria el lance de

Don

Don Búbulo con el tabernero de Tarapasar, y dixo, que ya no estrañaba la cólera de aquel Portugués, y conoció entónces la mucha razon que habia tenido para irritarse con el pobre Isleño, puesto que habia nacido en un país, donde aquel metal lograba tan grande estimacion. Y quando vió despues el portentoso comercio con todas las Naciones que se hacia en aquella mercantil y populosísima Ciudad, quedó como aturrido y verdaderamente pasmado, confesando, que los Européos eran hombres de singular industria, y de imponderable ingenio. Con todo eso (añadia) á mí me gusta mas nuestra modestia y nuestra simplicidad, porque observo que todos, ó la mayor parte de los géneros que forman este comercio, solo sirven para fomentar el luxo, la ostentacion y la superfluidad. Le llevé tambien á las Iglesias á que viese los divinos Oficios, y oyese algunos fervorosos sermones, en los cuales se predicaba verdaderamente la palabra de Dios. Y oyendo á los sagrados Oradores declamar continuamente contra la gula, la lascivia, la codicia, y todos los demás vicios, observando al mismo tiempo, que eran tan frequentes la glotonería, la intemperancia, los públicos amancebamientos, &c., no podia darse paz, porque no acertaba á componer, cómo siendo tantos, tan útiles, y tan santos los preceptos y las reglas, eran tan desbaratadas, y tan escandalosas las costumbres. ¡Gran maldad, (solia exclamar muchas ve-

TOMO VI.

Q

ces)



ces) la de atropellar con tanto descaro los divinos Mandamientos? Y volviéndose á mí me decia: haz que vuestra ley se publique en mi país, y yo te aseguro que será en él mas respetada, y mas fielmente obedecida que en el vuestro.

Mientras tanto, habiéndolo llegado á Lisboa un navio que se hacia á la vela para el Mediterráneo, me ajusté con el Capitan para que nos recibiese á los dos, y habiendonos embarcado, logrando próspero viento, pasamos el Estrecho de Gibraltar, entramos en las aguas de las Islas Baleares, nos engolfamos en alta mar, y dirigimos la proa hácia Liorna. Entrando despues en la altura de Cerdeña, y dexando atrás aquellas aguas, arribamos felizmente la víspera de Navidad á dicho puerto, dando mil gracias á Dios por tan pronto como afortunado viage. No nos detuvimos en Liorna mas que dos dias; desde allí pasamos á Florencia, y despues á Roma. Esta, dixe á Dagal, es la primera Ciudad de todo el Universo, antiguamente Capital del Imperio Romano, y hoy la Metròpoli de la Religion Católica. Aquí tiene su Silla y su Corte el Vicario de nuestro Dios; aquí reposan los huesos de innumerables Santos de nuestra Religion, y de aquí salen para todas las partes del mundo los Propagadores del Evangelio. Mientras estaba diciendo al Intérprete todo esto, observé que él lo oía con silenciosa admiracion; y al ver tantos suntuosos edificios, tantos magníficos templos, y tantos venerables antiguos monumentos, así sa-

gra-

grados, como profanos, no cesaba de darme millones de gracias, por haberle conducido á un inmenso Pueblo, donde todo respiraba grandeza, decoro, magestad, y un gusto el mas exquisito.

## CAPITULO XL

*Dexa el Siciliano á su Intérprete en Roma, y él parte á Palermo. Encuentra en ella impensadamente á Isidoro, y éste le hace la alegrísima sorpresa de presentarle viva á su querida esposa Irene.*

La primera cosa que hice luego que descansamos algunos pocos dias, fue conducirle á una Comunidad Religiosa de exemplarísima observancia, y presentarle al Superior, suplicándole que le catequizase, instruyéndole en los principales y mas necesarios dogmas de nuestra santa fé. Le declaré quién era, de dónde, cómo y á qué venia, añadiendo, que estas eran las primicias que se consagraban á Dios de una Nacion sepultada hasta ahora en la fatal ignorancia de su santa ley. No puedo explicar el grandísimo consuelo de aquel buen Padre y santo Religioso, al oír el inestimable presente con que yo le regalaba. Abrazóle estrechísimamente con entrañas de verdadera